

EL PATIO ANDALUZ...de enfrente (ensoñaciones...)

El Patio Andaluz, al otro lado de la calle, está en silencio y los geranios brillan por su ausencia... Es curioso, pero, cuando lo observo desde la ventana de clase, creo ver un grupo de personas, en animada conversación, alrededor de una mesa redonda, coronada de cervecitas frescas y rodeada de exuberantes flores rojas y blancas colgando de dos de sus paredes, a la sombra de un sol justiciero. Las otras dos han sido invadidas por la hiedra que exhibe la vitalidad y lozanía de los **Marquina**. Una fuentecilla, al fondo, refresca el frondoso ambiente y algunos gorriones se aventuran hasta besar sus aguas limpias y sonoras. **Gedescó**, un enorme perro de abundante pelo blanco, alguna mota negra en su costado y orejas gigantes colgando como ramas tronchadas de árbol, está tumbado en su rincón habitual, al lado derecho de la fuente, descansando de una dura mañana de trabajo. De vez en cuando, abre los ojos y se queda observando los pasos de su dueña al pasar, por si ésta vuelve la mirada y premia su plato, vacío desde el amanecer. **Baldo**, el viejo gato gris, de ojos azules, sigue los ademanes de su ama, y al pasar delante del hocico de Gedescó lo mira de reojo y apenas mueve un bigote de sorpresa. *Demasiado vago para mover el hocico o las orejas, no digamos todo a la vez*, parecen decir sus ojos...

La repentina llegada de un coche patrulla de la guardia urbana, parándose, bruscamente, delante de El Patio Andaluz, despiertan a mis neuronas más soñadoras del breve letargo y las devuelven al recién asfaltado Paseo de la Mina. Dos guardias, jóvenes y estirados mentones desafiando el cierzo, hacen bajar del coche a un cuarentón y, acto seguido, le leen la cartilla y le asaltan la cartera. El desafortunado se defiende, dialécticamente, como gato panza arriba, con vehemencia de gestos y profusión de palabras, algunas de las cuales no suenan bien. Esfuerzo inútil. Se intuyen muertos removiéndose en sus tumbas... Los conductores que circulan en sentido contrario, miran sorprendidos unos y otros sonríen, malévolamente, con la palabra “pringao” en sus labios. Casi al mismo tiempo, pasa el autobús borrando con su ruido y humos sólo la escena de allí, porque aquí, el otro que llega en sentido contrario es doble en todo: tamaño, ruido, humos, gente que sube y baja, asfalto que va y viene pegado a las suelas de los viandantes y viajeros y la vida que sigue latiendo y respirando, a medio pulmón, a través de una mascarilla que ha mudado en bozal y, que parece, hemos aceptado con resignación y un punto de mala leche...

Quedan un, todavía, limpio y blanco **dibujo de patinete** sobre el alquitrán y un **número treinta**, tamaño borracho, para que no se lo salte ni el *cocido* de turno. El primero parece va a salir por ruedas en cualquier momento, como intentando escapar, poniendo asfalto de por medio, de las deposiciones de las palomas, vistas las marcas que dejan en las lunas de los coches y el repertorio de improperios y tacos de sus dueños; el segundo, se diría hecho para que los marcianos lo vean desde lo alto al aterrizar y se lo tomen con calma, no vaya a ser que dejen sus dientes incrustados en el suelo y se abran la crisma. Ignoro si sus sesos tienen tantas circunvalaciones como los nuestros, pero no es plato de gusto averiguarlo. Mejor un cafetito en el bar de enfrente, con cargo al erario público...marciano, que, a buen seguro, tiene más pasta que nosotros. O eso decía Homer Simpson...

José Luis